

Andrés Fábregas Puig.

Configuraciones regionales mexicanas. Un planteamiento antropológico.
Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco-Secretaría de
Gobierno / Editorial Culturas en Movimiento. 2010.

Andrés Fábregas nació en Chiapas. De joven, en los años sesenta, fue a estudiar a la lejana ciudad de México, y se integró en el equipo de básquetbol de Ingeniería de la UNAM. Por condiciones fortuitas, modificó su elección y se cambió a la ENAH para estudiar Antropología. Ahí participó en la organización estudiantil en aquellos años convulsionados; fue representante estudiantil de Antropología en 68. Alternó su formación con dos figuras prominentes de la antropología en México en ese entonces, ahora ya clásicos: Guillermo Bonfil y Ángel Palerm. En su obra se trasluce constantemente la influencia académica de ambos teóricos. En los tres capítulos, Andrés alude al *México profundo* de Bonfil, obra para la cual Andrés Fábregas colaboró en su tesis bajo la dirección del mismo Bonfil. Otro tanto sucede con Palerm, con quien contribuyó para la discusión de la obra *Antropología y marxismo*.

El texto entrecruza la trayectoria de una vida y aprendizajes académicos bajo la tutela de este par de maestros de muchas generaciones y referentes de la academia antropológica mexicana. Al mismo tiempo es una lectura etnográfica capaz de trasladar al lector a los lugares, momentos y gentes con las que el autor percibió y dialogó. Andrés comparte su vivencia y las fichas etnográficas que ayudan a comprender y reproducir el momento de entonces. Como cereza en el pastel compara ese estudio regional temporalmente realizado en los gobiernos preneoliberales con el momento actual.

Quienes hemos leído su libro *Los años estudiantiles* nos podremos dar cuenta de que es un complemento con mayor detalle y datos sobre los contenidos y discusiones conceptuales de esa época, además de que

¹ El Colegio de San Luis. Correo electrónico: jmaisterrena@colsan.edu.mx

añade el planteamiento de los resultados etnográficos que obtuvo sobre los estudios de cada una de las regiones aludidas. El libro resulta ser la síntesis de tres tesis con sus planteamientos conceptuales y teóricos correspondientes desde la mirada reflexiva actual del autor, que gratuitamente (mediada la compra del libro) nos comparte su vida, trabajos y reflexiones de 40 años de antropólogo.

Es una oportunidad magnífica que tenemos las generaciones actuales de abrevar de la experiencia y trayectoria que resume las *tres fuentes y tres partes integrantes* de la antropología mexicana, como son la de Gonzalo Aguirre Beltrán, la de Guillermo Bonfil y la de Ángel Palerm.

La primera región que nos narra es la de Chalco-Amecameca-Cuahutla, donde analiza el nahualismo en los años 1965-1970, periodo del presidente Díaz Ordaz. Los antecedentes teóricos y conceptuales y de contexto eran los del indigenismo con Alfonso Caso y la influencia de las escuelas inglesa (Radcliffe-Brown, Marcel Mauss) de carácter colonial y norteamericana con (Boas) que abordaban de manera integracionista y de asimilación a las poblaciones originarias. Nos comparte la presencia de Malinowski en México con Julio de la Fuente.

El estudio sobre el nahualismo de Andrés dirigido por Bonfil contribuye a fundamentar el *México profundo*, la colonización interiorizada y la resistencia cultural. Era una repuesta de Bonfil al planteamiento indigenista de Aguirre Beltrán, un indigenismo formulado desde una perspectiva del Estado priísta que, cito al autor, “En una extraña paradoja, la ciencia defensora de la diversidad cultural era usada precisamente para desaparecerla y conseguir la homogeneidad”.

Andrés nos permite comprender las épocas y momentos de Aguirre Beltrán del Estado posrevolucionario priísta y el cambio generacional hacia Guillermo Bonfil del marxismo de la “teoría d las necesidades” al lado de los planteamientos de Ricardo Pozas, maestro de Bonfil. Con asesoría de Bonfil, la mirada regional la hace desde tres criterios: geográfico, histórico y etnográfico. Criterios que mantendrá en sus tres capítulos-tesis.

No les comento de los nahuales ni las brujas en la región para fomentar su curiosidad y compren el libro. Que dicho sea de paso, su venta servirá para financiar la publicación de los otros dos volúmenes. Podemos verlo como una inversión para poder leer los libros que están por venir. La meta es que el autor no tenga que regresar cargando ninguno.

Retomo una frase sobre el entorno cultural del nahualismo cito:

[...] la creencia en la metamorfosis implica el tránsito de la cultura a la naturaleza y viceversa, según la concepción de los campesinos de origen nahua de la región que comprenden al ser humano no como un dominador del mundo natural sino como parte de éste. No es mediante el dominio ni el avasallamiento de la naturaleza como se logra la continuidad de la cultura, sino al dialogar con ella y, en cierto sentido, al negociar con el mundo natural (88).

Además están los señores que trabajan con el tiempo, los aureros, que el autor se pregunta ¿siguen existiendo?, ¿a dónde se han ido?

Adicionalmente, Andrés nos comparte lo más valioso del antropólogo, notas de su diario de campo, y nos permite una ventana histórica de comparación de lo observado entonces con un recorrido actual.

El capítulo 2, “El estudio de una región ranchera: Los Altos de Jalisco, de 1970-1976”, corresponde al gobierno de Echeverría. La discusión teórico-conceptual avanza respecto de la anterior y lo hace bajo la dirección de Palerm, quien regresó luego del exilio que le impuso Aguirre Beltrán. Cito: “se configuró en México, en la antropología, una escuela que sostenía el método de la ecología cultural y los postulados del evolucionismo multilineal y el marxismo crítico de Lawrence Krader y el propio Ángel Palerm”. Más adelante:

En el ámbito de la antropología en México, dice, la estrategia evolucionista, acompañada del método de la ecología cultural, enfatizaba el análisis de los orígenes del Estado y el papel en la evolución sociocultural han desempeñado las relaciones entre tecnología y sociedad con referencia al poder político.

La definición de la “ecología cultural política” en México se sostenía en los postulados de la economía política y el evolucionismo multilineal.

Alude a los Altos como frontera en tanto que una frontera se crea cuando se ponen en contacto sociedades con ecologías culturales diferentes y comienzan una interrelación que, a su vez, resultará en una sociedad particular.

Podemos inferir, en síntesis, el proceso reflexivo del autor que establece una búsqueda de las sociedades rancheras de los Altos de Jalisco que no habían sido estudiadas hasta ese momento. Andrés nos va acercando a

la región que se caracteriza por un doblamiento de frontera delimitada por tres subregiones considerando lo mismos tres criterios de Bonfil, el espacial, el temporal y el cultural.

Los españoles introdujeron la ganadería que subordinó a la agricultura estableciendo una frontera agroganadera que superó los fines militares de contención a las tribus nómadas chichimecas dado que los presidios fracasaron. Se otorgaron tierras en propiedad lo que asignó especificidad histórica a la región con una relevante presencia de la iglesia en los Altos. Cito: “Los círculos de poder de Jalisco en general y de los Altos en particular, se opusieron a dicha separación (iglesia-Estado) puesto que la fusión de la esfera pública con la esfera privada, a través de la Iglesia, era el eje del control sobre la población en general y el factor primordial en la ecología cultural política” (196). El ejemplo de esa fusión fue la guerra cristera del 26 al 29. En los Altos, dice, nacionalismo y religión están fundidos. La población alteña vive ahora y desde entonces la migración a Estados Unidos que ha marcado las transformaciones de la región. Sus notas de campo describen Lagos de Moreno.

La tercera región a la que nos acercamos con la narración de Fábregas es distinta de las dos anteriores, Jalapa, y su región: “Poder y ganado, haciendas y plantaciones”. Es un estudio que realiza de 1976 a 1982, durante el gobierno de López Portillo, antecesor del neoliberalismo. Esos años se atraviesan con el fallecimiento de Ángel Palerm en 1980. Emerge el departamento de Antropología de la UAM-I, lo que más adelante será el CIESAS y se descentralizan espacios académicos de la disciplina como El Colegio de Michoacán, donde se desempeñaron sus grandes amigos (y maestros nuestros) Pepe Lameiras y Brixí Bohem, a quienes les dedicó el libro además de su familia y maestros.

A diferencia de los Altos, “En Jalapa-Coatepec han existido importantes movimientos campesinos derivados de la Revolución Mexicana y una importante prensa de orientación proletaria desde la década de los treinta” (231). Jalapa tenía un sistema de haciendas con presencia notable de comunidad indígena en la región que describe en tres ejemplos distintos.

La bibliografía política de entonces, comenta, estaba centralizada en la dinámica presidencial, como jefe indiscutible del sistema, y relegaba la atención a las regiones, su dinámica de poder y su contribución al proceso de centralización. En éste capítulo, Andrés aborda el planteamiento de los grupos políticos que intervienen en la lucha por el poder que denomina

grupos clientelares ego-centrados (237). Sintetiza la discusión teórica de entonces sobre el Estado y los conceptos de nación, nacionalismo y cultura nacional, y recuerda la discusión planteada por Bonfil sobre si una nación se conforma como una comunidad de cultura o como una comunidad política pluricultural.

Nuestro autor busca las formas como está organizado el trabajo y muestra la emergencia del grupo clientelar ego-centrado de hombres fuertes en el contexto del dominio de lo político en el periodo posrevolucionario de los dirigentes ejidales como mediadores en Jalapa.

La transformación de las haciendas en la región de Jalapa-Coatepec no fue el producto de un movimiento campesino autóctono ni de la intervención de los peones en las filas revolucionarias. Fueron otras las tensiones que precipitaron la transformación de estas haciendas. Sin embargo, estos resultados no hubiesen sido posibles sin el amplio contexto abierto por la Revolución Mexicana de 1910, que ofrecía las alternativas de organización de la tenencia de la tierra y de los propios cultivadores, de acuerdo con un esquema nacional que no ha tenido las mismas repercusiones en toda la sociedad mexicana, precisamente por las condiciones concretas de cada región (281).

Refiriéndose a Cavarrillo dice que “Las relaciones sociales se desdoblaron entre el mundo de la producción directa, la atadura concreta al trabajo cotidiano y el oficio, el rol, de buscador de poder”.

Fábregas desmenuza el comportamiento y los entrelaces de cada una de las tres haciendas en la lucha por la tierra y su configuración política posterior en torno al grupo clientelar ego-centrado.

Así la fuerza política se concentra en una sola persona y mantiene el control de las relaciones de trabajo al monopolizar el acceso a los medios de producción. Las relaciones económicas son transformadas en políticas al ser usadas en la lucha por el poder, al mismo tiempo que se revierten al productor directo como formas de dominación que hacen posible la continuidad del orden social en medio de tensiones y conflictos (300).

Los hombres fuertes no ejercen directamente los cargos públicos: este es el rol que acaparan los líderes intermedios, los grupos de políticos profesionales (301).

En el anexo de sus notas de campo, Fábregas describe la producción de café, caña, maíz, papa, mango y limón.

Agradezco la oportunidad de verme obligado a leer el texto que presentamos, que ha entremezclado el disfrute, el aprendizaje y el compromiso amistoso. Los invito a que no pierdan la oportunidad de leerlo. Espero haber estimulado la lectura del libro de Andrés Fábregas; es una oportunidad para la formación de antropólogos y para formarse como antropólogo.